

“Ecuador. Iconografía artística y expresión cultural”. En: Mínguez, Víctor y Gutiérrez Viñuales, Rodrigo (dir.). *Ecuador. Tradición y modernidad*. Madrid, SEACEX, 2007, pp. 17-26. ISBN: 978-84-96008-71-7

## **ECUADOR. ICONOGRAFÍA ARTÍSTICA Y EXPRESIÓN CULTURAL**

Víctor Mínguez

Rodrigo Gutiérrez Viñuales

Ecuador es posiblemente uno de los países sudamericanos menos conocidos en España, y sin embargo, la población emigrante ecuatoriana representa la comunidad oriunda más numerosa que reside en diversas ciudades españolas, como Madrid, Murcia, Barcelona o Valencia. Por otra parte, España ha realizado y realiza un gran esfuerzo de cooperación en este país andino al que le unen tantos lazos históricos. Esta doble circunstancia, la presencia de Ecuador en España a través de la inmigración, y la presencia de España en Ecuador mediante la cooperación, es el eje bidireccional que impulsa la presente exposición. Su finalidad es doble. En primer lugar, mostrar Ecuador en España, tanto a los ciudadanos y ciudadanas españoles que conviven con los emigrantes ecuatorianos como a la propia población ecuatoriana emigrante. Los primeros podrán conocer y apreciar en la exposición las señas de identidad ecuatorianas; los segundos contemplarán en su país de adopción las huellas de su propia historia, de sus tradiciones, de su cultura. En segundo lugar, es propósito de esta exposición aprovechar la muestra para revisar ciertos paradigmas del arte y la cultura ecuatorianos, seleccionando, clasificando y analizando sus manifestaciones más sobresalientes, revisando la producción historiográfica y actualizando los enfoques desde los estudios más actuales. Para ello hemos invitado como asesores de la exposición a relevantes historiadores de la arqueología, el arte y la arquitectura ecuatoriana, abarcando una secuencia temporal que arranca en los tiempos prehispánicos y llega hasta las creaciones del siglo XXI. Su aportación al presente catálogo mediante estudios introductorios a los diferentes periodos cronológicos, combinados con breves textos temáticos de numerosos especialistas de ambos lados del Atlántico, permite ofrecer al lector una mirada sobre el país andino lucida, contrastada y actual.

La fascinante historia de Ecuador y sus ricas tradiciones, desde su emblemático pasado precolombino hasta la realidad más contemporánea, se han construido a lo largo de los siglos sobre una difícil geografía, determinada por el océano Pacífico, la cordillera de los Andes y la selva amazónica. Este paisaje hermoso, plural y antitético dio lugar a cuatro ecosistemas muy diversos: la costa, la sierra, la selva y el archipiélago de las Galápagos. Las culturas prehispánicas se extendieron por estos espacios adaptándose a su realidad orográfica y climatológica. Todavía en la actualidad perviven comunidades indígenas en la selva oriental que han mantenido inalterables las formas de vida anteriores a 1492. Tras la integración de estos territorios en el imperio inca se produjo la llegada de las expediciones españolas, que conquistaron el país incorporándolo a los dominios de la monarquía hispana. Durante el período colonial la Audiencia de Quito, incluida primero en el Virreinato del Perú y posteriormente en el Virreinato de la Nueva Granada, articuló una sociedad multirracial sobre la que se construyó ya en el siglo XIX la nación actual.

A diferencia de lo que sucede con otros países de Iberoamérica, la cultura artística de Ecuador es todavía poco conocida fuera de sus fronteras. Incluso dentro del propio país el conocimiento es limitado y fragmentario, pese al gran esfuerzo que se ha hecho a lo largo de las últimas décadas. Al lado de unos periodos, artistas o culturas suficientemente investigados, encontramos grandes lagunas historiográficas y

catalográficas. No obstante, el esfuerzo de numerosos investigadores como José Gabriel Navarro, José María Vargas, José Alcina Franch, Santiago Sebastián, Alfonso Ortiz Crespo o Alexandra Kennedy entre otros, han permitido establecer a lo largo del siglo XX los parámetros básicos del arte y la arquitectura ecuatorianos, desde el periodo prehispánico a la actualidad. En este sentido, y como explicábamos antes, aspiramos a que esta exposición permita establecer una puesta al día del conocimiento histórico, artístico y cultural ecuatoriano, con nuevas perspectivas historiográficas, abarcando no solamente las visiones tradicionales sino también aspectos que hasta hace poco estaban marginados. Podríamos señalar en este sentido géneros de expresión contemporáneos como la fotografía y el cine, temáticas de actualidad como el coleccionismo de arte, e, inclusive, aspectos vilipendiados hasta hace no mucho, sobre todo la integración de las artes populares en los discursos artísticos.

Con el título de *Ecuador. Tradición y modernidad artística*, pretendemos difundir y analizar las creaciones artísticas generadas en Ecuador a lo largo de sus cuatro periodos fundamentales: prehispánico, colonial, siglo XIX y siglo XX. Y, por supuesto, no solo en la ciudad de Quito, sino también en los otros centros artísticos regionales como Guayaquil, Riobamba o Cuenca, abarcando los distintos espacios físicos en que se divide el país mencionados anteriormente -la Costa, la Sierra y el Oriente (la selva)-, si bien la exposición muestra un predominio de piezas procedentes de la Sierra, teniendo en cuenta que en este espacio se concentraron durante siglos la mayor parte de los talleres artesanales y de la arquitectura monumental, manteniéndose hoy en día como foco principal de creación artística. Un alto porcentaje de las piezas que mostramos aquí son muy poco conocidas, pues muchas proceden de acervos de difícil acceso ya que una parte importante del arte ecuatoriano se resguarda en los conventos (algunos de clausura) y en colecciones privadas del país. Por estas razones, muchas de estas piezas nunca hasta ahora habían cruzado el Atlántico. A la selección traída desde Ecuador incorporamos una muestra representativa de piezas dispersas en colecciones y museos españoles, integrándose en una exposición excepcional por la calidad del conjunto.

A la hora de empezar a diseñar la exposición dos ideas se abrieron paso rápidamente en nuestro proyecto, convirtiéndose en factores esenciales en su concepción. En primer lugar la necesidad de mostrar junto a las manifestaciones de los periodos indígena y virreinal, los artistas, las corrientes estéticas y las obras propias de los siglos XIX y XX, con una intención diáfana: mostrar el panorama cultural de Ecuador más amplio posible, desde los tiempos más remotos hasta la actualidad. En segundo lugar, hemos pretendido evitar un discurso meramente historicista y enciclopedista, en el que las culturas y las épocas se sucedieran una detrás de otra abrumando al visitante con una interminable sucesión de periodos herméticos. Por el contrario, manteniendo la división de la muestra en los cuatro grandes periodos cronológicos -prehispánico, colonial, siglo XIX y siglo XX-, hemos diseñado un enfoque temático que permita abordar las particularidades y problemáticas de los distintos momentos históricos, destacando al mismo tiempo algunos aspectos y circunstancias que permanecen en todos los periodos. Para ello hemos establecido una serie de espacios transversales entre las cuatro fases históricas que permite el diálogo intercultural y transtemporal. Como resultado de este planteamiento, la exposición ofrece un itinerario a través de veintiuna secciones cuyo argumento y contenido enumeramos a continuación.

Las primeras tres secciones están centradas en el universo prehispánico ecuatoriano. *Dioses* revela las creencias religiosas y la concepción del mundo físico y espiritual de las sociedades prehispánicas a través de las representaciones de sus

deidades o fuerzas de la naturaleza. *Amazonía ecuatoriana* ofrece una mirada sobre las culturas indígenas de la alta Amazonía, poco conocidas arqueológicamente, y que sin embargo desarrollaron una importante producción artística que revela una compleja red de relaciones humanas y culturales con otras sociedades. *Chamanismo* hace hincapié en uno de los aspectos más importantes de la vida social y espiritual de los indígenas del Ecuador, las prácticas chamánicas plasmadas de manera vivida en su arte cerámico, lítico y metalúrgico.

Tres secciones transversales establecen a continuación un puente entre el mundo prehispánico y el mundo colonial. *La autoridad política y religiosa* evidencia como las transformaciones de dicha índole marcarán pautas decisivas en el devenir de la sociedad americana. El paso de un gobierno indígena a uno español, y de los chamanes a los sacerdotes y las órdenes religiosas se convierte en tema imprescindible para entenderla correctamente. *La representación de la mujer* enlaza con planteamientos más actuales que han contribuido a que el arte de género sea uno de los temas de investigación más dinámicos hoy en día. Sin embargo, y como podemos ver en esta sección la representación femenina no es solamente una cuestión referida al mundo moderno sino que se remite también a épocas pretéritas. *Los alimentos* muestra como la alimentación, en el panorama ecuatoriano desde el pasado precolombino a la actualidad, marca uno de los rasgos esenciales de la actividad cotidiana, no solamente desde un punto de vista que podríamos signar como “gastronómico”, sino también como rito social. Estas tres secciones reflexionan en definitiva sobre aspectos de la vida que definen un estadio ineludible del mestizaje cultural, de la fusión de los rituales, creencias y hábitos indígenas con las nuevas formas llevadas por los europeos.

A continuación otras cuatro secciones ponen de relieve los aspectos más determinantes de la sociedad y el arte colonial. *Las órdenes religiosas* recuerda como aquellas instaladas en la Audiencia de Quito desempeñaron un papel fundamental en la evangelización, transformación e integración en la vida colonial de las comunidades indígenas. En *Devociones* podemos ver como el desarrollo de la religiosidad popular hizo posible la apropiación de advocaciones especiales de Cristo, María, los ángeles y los santos a los cuales, a lo largo del tiempo, se les atribuyó milagros y prodigios. *Fiesta y sociedad* destaca que las celebraciones públicas fueron ante todo un mecanismo de cohesión social al servicio del poder político y religioso, un instrumento de propaganda que facilitarían la evangelización y aculturación de la sociedad colonial. *La Ilustración* pone de relieve las corrientes de pensamiento provenientes de Europa durante el siglo XVIII que renovaron y modernizaron las ciencias y las costumbres en las ciudades virreinales, adaptándolas a los nuevos tiempos marcados por el reformismo borbónico.

Una nueva sección establece el nexo entre el mundo colonial y el país que alcanza la independencia política en el siglo XIX. *La religiosidad* deja claro que la ruptura política, el paso de las autoridades españolas a los nuevos gobernantes tras la Independencia, no fue un impedimento para la continuidad de tradiciones y costumbres ya afianzadas en la sociedad ecuatoriana. En tal sentido, la vida espiritual continuó por sus propios cauces y el arte religioso, si bien mermó en lo que al encargo de obras por parte de iglesias y conventos se refiere, siguió con la misma fuerza en las clases populares. Temáticas como las de los milagros, heredadas del periodo colonial, mantendrán su presencia en el XIX, a través de exvotos, retablos populares y pinturas hechas por encargo de devotos particulares para reconocer los prodigios operados por vírgenes y santos, pero también por el Estado, que vinculó permanentemente los actos heroicos y gloriosos de la Patria a la intercesión de la Virgen, de Cristo y de los santos.

Tras esta apertura al siglo XIX, nos sumergimos plenamente en este a través de *Tipos y costumbres*, apartado que abunda en el hecho de que las transformaciones sociales, la convivencia de la población autóctona con la europea, y el mestizaje de sangre entre blancos, negros e indios, permitieron el afianzamiento de identidades singulares y plurales que fueron determinantes para definir, a partir de dicha centuria y en especial desde la etapa emancipadora, un nuevo escenario en el que desarrollar la idea de la “nación”. Esta sección hace hincapié en los personajes autóctonos, sus costumbres, sus oficios, su indumentaria, que serán objeto de representación, no solamente por los viajeros europeos del romanticismo, sino también por artistas locales imbuidos del interés manifestado por aquellos. La fotografía, a partir de la segunda mitad del XIX, afianzará esa mirada, nacida en parte por la “necesidad” de los europeos de conocer países alejados de su propia idiosincrasia y por el afán de exotismo tan caro a su curiosidad.

Entendemos el arte del siglo XIX ecuatoriano en un sentido amplio y no regido estrictamente por lo cronológico, abarcando un arco de tiempo que se iniciaría en torno a 1810, concluyendo hacia la década de 1930. Otras dos secciones articulan esta tercera época histórica. *Imágenes para la construcción de la nación* ofrece una reflexión sobre el proceso de construcción de un imaginario colectivo e identitario. Construir la nación no solamente fue una tarea hecha desde lo exclusivamente político sino también desde lo iconográfico. Para re-educar cívicamente un pueblo como el ecuatoriano (entendido este más como una suma de singularidades que como un núcleo unido), en alto porcentaje analfabeto, y habituarlo a la idea de la Independencia y de la nación, resultó fundamental la pedagogía de las imágenes, desde los retratos de los próceres hasta las alegorías, las escenas de batallas y otros sucesos glorificadores. Estas imágenes se destinaron por lo general para ornar simbólicamente los edificios públicos, sedes gubernamentales y escuelas. La sección *Los volcanes* se integra con peso propio en uno de los temas por excelencia del arte en el siglo XIX americano, como también lo fue en Europa: el paisaje. En Ecuador éste ofrece una triple vertiente en la que caben la representación del paisaje “científico”, el paisaje romántico y la utilización del paisajismo pictórico como señal de identidad nacional; en los tres apartados el volcán, al igual que ocurrió en México, se erige en un elemento paradigmático de representación y de significación simbólica en el derrotero nacionalista.

Tres secciones transversales enlazan los siglos XIX y XX. *El retrato* aborda un género de excepción en el arte desarrollado en el actual territorio ecuatoriano, ya desde la época prehispánica, y las piezas que se conservan de dicha etapa dan fe de ello sobradamente. En la época colonial la retratística osciló en gran medida entre las efigies de las autoridades españolas (reyes y virreyes) y las religiosas (en especial obispos). En el XIX y el XX el retrato se muestra no solamente como un género con fuerza y continuidad (retratos de próceres, autoridades, religiosos, burgueses) sino también como una base para entender las transformaciones estéticas y la sucesión de estilos e “ismos” en el arte ecuatoriano. La abundancia de retratos infantiles pone de relieve el protagonismo del niño en la plástica, manifestándose desde la Independencia a través de retratos populares, la representación de los niños muertos (el “velorio del angelito”) y más próximo en el tiempo, en la obra de los fotógrafos contemporáneos. *La comunidad* aborda las nociones de colectividad o identidad corporativa, y la autorrepresentación de las comunidades, que aunque experimentaron cambios a lo largo de la historia, mostraron siempre una versión idealizada de su propia existencia, inmortalizándola sobre soportes artísticos. No faltará tampoco la nota irónica tendente a mostrar a ciertas comunidades contemporáneas como serviles a los dictámenes del capitalismo y al de

otras “autoridades” del mundo globalizado. *La muerte*, importante socialmente en Ecuador desde los siglos prehispánicos, sigue siendo en tiempos actuales uno de los aspectos esenciales de la sociedad americana en general y ecuatoriana en particular. El sincretismo religioso tras la llegada del europeo determinó nuevas formas de entender aquel tránsito al más allá, y de testimoniarlo con objetos de culto y obras de arte diversos. El mundo contemporáneo es un reflejo de aquella mixtura primigenia, de nuevas tradiciones surgidas a lo largo del tiempo, y de otras influencias llegadas a través de los modernos medios de comunicación. Los cementerios “cultos” y “populares” son un reflejo de ello, como asimismo la presencia de lo funerario en las artes plásticas.

Finalmente, las últimas cuatro secciones abarcan el arte del siglo XX, un último período que arrancaríamos a mediados de los años 30 para concluir en los inicios del tercer milenio. El primer tema que se aborda es *Arte y cuestionamiento social*, donde se pone de relieve el compromiso que surge en la plástica ecuatoriana respecto de los conflictos sociales, virando aquella hacia expresiones de denuncia y actitudes combativas. Las diferencias estamentales, la situación marginal y en numerosas ocasiones esclavizada tanto de los indígenas como de otros colectivos de raigambre popular, se convertirán en permanente motivo de inspiración para pintores, grabadores y fotógrafos en especial en los años centrales de la centuria. *Universalismo autóctono* evidencia como dentro de las líneas del arte contemporáneo ecuatoriano requiere especial atención la obra de numerosos creadores, en especial en los años 60, que recurrieron a las formas del arte precolombino para conducir sus estéticas particulares. Esta característica es común a todo el continente, donde aquellos lenguajes pretéritos entroncaron tanto con las ya extendidas ideologías americanistas, como con recursos estilísticos, en especial las corrientes geometristas. *Arte y cultura popular* muestra como, si bien una de las señales de la época contemporánea es el desarrollo de las ciudades y la cultura urbana, Ecuador continúa siendo un país sustancialmente rural, en el que las tradiciones y las artes populares mantienen un peso propio. La pervivencia de la religiosidad no solamente marca la continuidad de obras de culto (exvotos, retablos, cristos, vírgenes y santos) sino que se manifiesta como una fuente de inspiración para artistas que, en esta dicotomía, podríamos considerar “cultos”, es decir los grandes nombres de la plástica del país. Por último, en la sección *Ciudad moderna y cultura urbana* la protagonista es la ciudad como ámbito preferente de las transformaciones sociales, desde los colectivos más amplios hasta el propio desarrollo del núcleo familiar, la modificación de los basamentos tradicionales y la difícilmente evitable globalización. En ella se manifiestan los cambios producidos por “el progreso”, en lo urbano, lo edilicio, los transportes y los objetos de consumo, definiendo una realidad cultural compleja de la cual participan y emergen numerosos submundos, muchos de ellos ocultos a la vista. La fotografía es quizá quien mejor ha mostrado estos cambios a lo largo del tiempo, aunque también ellos han sido y siguen siendo espacios de atención para los artistas plásticos.

De acuerdo a la estructura que hemos definido en los párrafos precedentes, debemos hacer hincapié en el hecho de que el enfoque temático, las secciones y los respectivos análisis que conforman el discurso de la exposición se apoyan, en todos los casos, en una selección de obras artísticas de excepcional calidad. El guión expositivo permite de esta manera visualizar, en forma paralela a los temas que aborda, la realidad artística de Ecuador a lo largo de su historia.

La exposición se inicia con una muestra de piezas prehispánicas que reflejan la complejidad cultural y antropológica de la época indígena, abarcando un amplio marco temporal de once mil quinientos años. Una recorrido por los distintos ámbitos geográficos del país, comprendiendo manifestaciones de culturas muy diversas como

Jama Coaque, La Tolita, Valdivia, Bahía, Napo o Chorrera entre otras. Las obras expuestas, de una gran riqueza iconográfica y figurativa, están realizadas en distintos materiales como piedra, cerámica o plata.

A continuación contemplamos una selección de objetos artísticos del período colonial. Los estudios tradicionales han buscado reconocer en el arte ecuatoriano virreinal los estilos europeos, desde el Renacimiento hasta el siglo XIX. Sin embargo la realidad, como es habitual en América, es mucho más compleja y variada que la de la mera transculturación. La llegada de obras andaluzas y posteriormente de artistas peninsulares, daría origen en Ecuador a una escuela local, la escuela de San Andrés, dirigida por el flamenco fray Jodoco Rycke e instalada en el convento de San Francisco de Quito, donde se formaron varias generaciones de pintores y escultores indios y mestizos. La escultura exhibe su vinculación inicial con los modelos andaluces, dando lugar a una producción caracterizada por el realismo y una técnica de calidad. A partir del segundo tercio del siglo XVIII y de la mano de escultores como Bernardo Legarda y Caspicara, la escultura quiteña desarrolla un perfil propio, cuya importancia trasciende sus fronteras exportando obras inclusive a Europa. Por su parte la pintura quiteña recibió influencias más variadas, destacando personalidades tempranas como Andrés Sánchez Gallque y posteriormente pintores de la importancia de Santiago, Goríbar, Samaniego y Rodríguez. La platería local, desarrollada gracias a las minas de oro y plata de la Audiencia (entre las cuales Zaruma alcanzó importancia), demostró un elevado nivel de refinamiento tanto en Cuenca como en Quito y otras ciudades, de la mano de maestros plateros como Pedro Adrián.

Finalmente la exposición ofrece una mirada al arte ecuatoriano de los siglos XIX y XX, es decir las producciones que van desde los años de la Independencia hasta el momento actual. La complejidad e inabarcabilidad en lo que respecta a motivos de representación, artistas y géneros artísticos de estos dos siglos (en especial el último), obligaron indefectiblemente a un arduo ejercicio de selección tanto de temáticas como de obras. En dicha tarea hemos optado en parte por mostrar ciertos caracteres de permanencia respecto de los periodos anteriores, con la finalidad de no convertir al arte contemporáneo en un capítulo desgajado de una trayectoria histórica pretérita, postura que en cualquier caso no hubiéramos compartido. Pero también, y de manera indudable, la necesidad de evidenciar la presencia de temáticas inéditas, de carácter urbano y rural, la de nuevas tendencias estéticas, y la multiplicación de la mirada artística en toda su dimensión, que será uno de los paradigmas para entender la contemporaneidad en el Ecuador.

En el caso del siglo XIX hemos tomado como elementos de continuismo los que atañen al arte de temática religiosa, herencia virreinal que tendrá permanencia en el tiempo tanto desde un punto de vista académico en la obra de artistas como Antonio Salas, Juan Manosalvas o Joaquín Pinto, como desde la expresividad popular, llegando inclusive hasta entrado el siglo siguiente, en el que lienzos como los de Víctor Mideros mostrarán interesantes y muy singulares innovaciones iconográficas de tinte simbolista. El paisajismo y el costumbrismo se consolidarán como eje discursivo desde finales del XVIII hasta la actualidad, desde aquellas indagaciones científicistas y las bucólicas visiones de paisajes incontaminados, hasta las visiones contemporáneas en el que el protagonismo en buena medida le corresponde al paisaje humano, un panorama transformado y culturalizado por la mano del hombre. Las referencias llegadas desde prestigeadas usinas del arte universal como Francia, Alemania, Inglaterra e inclusive Estados Unidos, definirán una identidad estética cada vez más pluralizada.

La sociedad, manifestada en sus partes, como un todo comunitario a la vez que individualizando a sus referentes (autoridades políticas y religiosas, personajes públicos,

jefes de familia, indígenas, mujeres, niños) se van desplegando también, desde diferentes puntos de vista, en las distintas secciones de la exposición correspondientes al mundo contemporáneo. El retrato en sus diferentes modalidades y estéticas brinda otro cimiento sobre el cual construir una narración artística, que enlaza la época prehispánica con la actualidad, como ya hemos afirmado. Iguales razones valen para el arte de denuncia social, de raíz indigenista, que caracteriza los años centrales del siglo XX, y que entronca con los testimonios del Muralismo Mexicano, tanto en lo que toca a conceptos ideológicos como a referentes pictóricos, tal como en su momento mostraron Camilo Egas, Oswaldo Guayasamín o Eduardo Kingman entre otros. La mirada del arte sobre la sociedad se fue gradualmente apartando de esta dirección, para irse centrando, en la segunda mitad de la centuria, en otros aspectos. Cupieron entonces desde la denuncia política a la crítica a las autoridades religiosas, desde las manifestaciones callejeras a las huelgas laborales, desde las visiones de suburbio a los testimonios de la cultura *underground*, expresado todo ello en lenguajes neorrealistas, pop y otras variables, y en donde junto a la tradición de la pintura y el grabado se consolidaron la fotografía, la instalación, el vídeo y el cine.

Las vertientes geométricas que se imponen en Europa en los años 20, y que se afirman lustros después en Latinoamérica de la mano de maestros como el uruguayo Joaquín Torres García, serán otra de las vías para definir una lectura del arte ecuatoriano, en especial a partir de los años 50 y 60. El *Universalismo autóctono* se consolidará como uno de los cauces para afirmar el deseo de un arte nuevo en el continente, una vanguardia sustentada en las herencias culturales americanas, que conectase a los lenguajes del arte precolombino con propuestas de avanzada. Se cierra así, de manera simbólica, un último círculo que nos permite presentar a esta exposición bajo el significativo título de *Ecuador. Tradición y modernidad artística*.